

Un sollozo, arrancado
De lo mas hondo de mi pecho, entonces
Me despertó; la piedra que de asiento
Le servia á mi cuerpo aletargado,
Goteaba un sudor frio, sangriento:
El horror en mis párpados habia

Dos lágrimas helado;
Mi frente cual la nieve sentí fria
De mi mano al contacto! No, su nido
El águila tan rápida se lanza
Como yo à mis hogares, dividido
El pecho entre el temor y la esperanza.
Llego en fin: de sollozos un doliente
Eco, de mi desierto umbral salia:

El amor suspendia
Por mí su hora postrera,
Y que aguardaba solo a que volviera
Yo, para fallecer ¡ay! parecia!

Todo en mi árido hogar ora está muerto:

Siempre en llanto anegados
Dos ojos siempre inconsolables veo.
Voy sin saber adonde; ni un deseo,
Ni una esperanza animan mi existencia,
Los brazos abro en ciego desvarío, Y
Y solamente abrazan el vacío.

Del hado la inclemencia
Me quita hasta el consuelo
De dirigir mis súplicas al cielo.

Mas Dios es quien te hiere, ¡oh alma mia!

No te quejes en vano:

Ten fortaleza, en tu Hacedor confia,

Y besa en tu dolor su santa mano! . . .

4 de Noviembre, 1832.

Hemos pasado la tarde y la noche en el desierto de S. Juan, despidiéndonos de nuestros excelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; el recuerdo de las virtudes humildes y perfectas dura en el alma, como el perfume de los olores de un templo que se ha atravesado; entregamos á aquellos buenos padres una limosna apenas suficiente para indemnizarlos de los gastos que les habíamos ocasionado; contaron por nada el peligro que les habíamos hecho correr, y me suplicaron que los recomendase á la proteccion del terrible Abugosh, a quien debia volver a ver en Jeremías. Salimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de S. Juan, que no se cansaban de seguirme y empezaban a amenazarme. A las ocho de la mañana ya habíamos pasado las altas montañas que coronan la sepultura de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías, fumando una pipa y tomando café con Abugosh, su tío y sus

hermanos. Abugosh me colmó de nuevas señales de atención y benevolencia; me ofreció un caballo, que rehusé, por no tener que hacerle otro regalo, porque aquel regalo hubiera parecido un reconocimiento del tributo que generalmente impone á los peregrinos, tributo de que los ha escusado Ibrahim; puse bajo su salvaguardia á los religiosos de S. Juan, de Belen y de Jerusalem. Luego he sabido que en efecto fué á libertarlos de las duras escusencias de los beduinos del desierto; no sospechaba él, sin duda, cuando yo le pedía su protección para unos pobres religiosos francos desterrados en sus montañas, que ocho meses despues habia él de enviar á implorar la mia para obtener la libertad de su propio hermano, conducido prisionero á Damasco, y que yo tendria la fortuna de serle útil á mi vez. Tomado el café, y repuestos nuestros caballos, volvimos á ponernos en camino, escoltados por la inmensa poblacion de Jeremías, y fuimos á acamparnos al otro lado de Samla, en un soberbio bosque de olivos que rodea la ciudad. Rendidos de cansancio, y sin víveres, hicimos pedir la hospitalidad de los religiosos de la Tierra Santa, quienes nos la negaron creyendonos apestados; quedámonos pues sin cenar, y nos dormimos al son del viento del mar meciendo las copas de los olivos. Allí fué donde la Virgen, S. José y el Niño pasaron la noche en el campo en su huida á Egipto.

Estos pensamientos hicieron que nos pareciese la cama ménos dura.

Salimos de Ramla á las seis de la mañana, y fuimos á almorzar á Jafa á casa de M. Damiani;— pasamos un dia descansado y disponiendo las provisiones para volver á Siria por la costa.

Nada es mas delicioso que estos viages en caravana cuando el pais es hermoso,—cuando los caballos bien descansados andan ligeramente al salir el sol por un terreno liso y arenoso; cuando los puntos de vista se suceden sin monotonía; cuando el mar, sobre todo, que nos envia al rostro la fresca ondulacion del aire, producida por sus leves y regulares oleadas, se desarrolla verde y azul á los piés de los caballos, y le arroja á uno de cuando en cuando las polvorosas gotas de su espuma; este era el placer que esperimentábamos mientras íbamos costeando el bellissimo golfo que separa a Caifá de S. Juan de Acre.

El desierto formado por la llanura de Zabulon está escondido á la derecha por las altas junqueras y por las copas de las palmas que separan la playa de la tierra: se anda sobre una capa de arena blanca y menuda, regada continuamente por la marejada; el golfo, ceñido al oriente por la alta punta del cabo Carmelo, coronada por su monasterio, y al occidente por las blancas murallas ruinosas de San Juan de Acre, parece un vasto lago, donde cualquiera diria que las mas pequeñas bar-

cas pueden dejarse mecer impunemente por las olas, y sin embrigo no es así; la costa de Siria, en todas partes peligrosa, lo es aun mas en el golfo de Caifá: los buques que se refugian y echan el ancla en ella, para evitar los temporales, en un fondo de arena poco sólido, se ven con frecuencia arrojados á la costa, como lo atestiguaban demasiado á nuestra vista tristes y pintorescos despojos; la playa entera está rodeada de cascocs de buques perdidos, sepultados en la arena; algunos muestran todavía su alta proa destrozada donde las aves marinas hacen sus nidos; muchos tienen solamente sus mástiles fuera de la arena; estos árboles inmóviles y sin follage se parecen á aquellas cruces fúnebres que clavamos sobre las cenizas de los que ya no existen; algunos hay que tienen todavía sus vergas y sus jarcias, enmohecidas por el vapor salino del mar, colgando alrededor de los palos. Los arabes no osan tocar estas ruinas de los buques náufragos; es preciso que el tiempo y las tempestades del invierno se encarguen solos de llevar á cabo sus degradaciones, ó que la arena los vaya sepultando de dia en dia. Allí vimos, como en casi todos los otros mares de Siria, como los árabes cogen el pescado:—un hombre, llevando en la mano una pequeña red recogida, levantada encima de su cabeza y pronta á ser lanzada, se adelanta algunos pasos en el mar, y escoge la hora y el sitio en que el sol esta á sus espaldas é ilu-

mina las aguas sin deslumbrarle; así espera las olas que vienen, agolpandose, á estrellarse á sus piés en el escollo ó en la arena; lanza una mirada, penetrante y ejercitada en cada espuma, y si ve que trae pescado, tira su red en el momento mismo en que aquella se roupe y se llevaria lo que trae con su reflujó; la red cae, la ola se retira, y el pescado queda cogido.

Es preciso que la mar esté algo picada para que se verifique esta pesca en las costas de Siria; cuando la mar está en bonanza, el pescador no descubre nada en ella; las olas no son transparentes sino cuando se alzan al sol en la superficie del mar.

El hedor de los campos de batalla nos anuncia la cercanía de Acre, de cuyos muros no estábamos ya mas que a un cuarto de hora. Acre es un monton de ruinas; los cimborios de las mezquitas están acribillados, las murallas presentan inmensas brechas, las torres están derruidas en el puerto; acababa de sufrir un sitio de un año y los cuarenta mil héroes de Ibrahim acababan de tomarla por asalto.

En Europa se conoce mal la política del Oriente; se la suponen designios y no tiene mas que caprichos; planes, y no tiene mas que pasiones; un porvenir, y no tiene mas que el dia en que vive y el siguiente. Se ha visto en la agresion de Mehe-

met—Alí la premeditacion de una larga y progresiva ambicion, y no ha sido mas que un efecto del impulso de la fortuna que, paso a paso, le ha llevado casi involuntariamente hasta hacer titubear el trono de su señor, y conquistar una mitad de su imperio; un nuevo azar puede llevarle todavia mas adelante.

Veamos como nació el altercado;—Abdalla, bajá de Acre, mozo inconsiderado, elevado al gobierno de Acre por un capricho del favor y de la casualidad, se rebeló contra el Gran-Señor; vencido, imploró la proteccion del bajá de Egipto, que habia comprado su perdon del divan. Abdalla, olvidando en breve la gratitud que debia a Mehemet, se negó á cumplir ciertas condiciones juradas en la época de su desgracia. Ibrahim marcha contra él para obligarle á cumplirlas; encuentra en Acre una resistencia imprevista; su cólera se irrita; pide á su padre nuevas tropas; llegan, y de nuevo son rechazados. Mehemet—Alí se cansa y llama á su hijo con vivas instancias; el amor propio de Ibrahim resiste, y quiere morir bajo los muros de Acre ó someterla á su padre. Derriba en fin, á fuerza de hombres sacrificados, las puertas de la ciudad; Abdalla, prisionero, espera su sentencia de muerte; Ibrahim le llama á su tienda; le dirige algunos amargos sarcasmos, y le envia á Alejandria. En vez del cordon ó del sable, Mehemet Alí le envia su caballo, le hace entrar en triunfo,

le hace sentarse á su lado en el divan, le dirige elogios por su valor y lealtad al sultan, y le da un pasaporte, esclavos é inmensas rentas.

Abdalla merecia este tratamiento por su valor; encerrado en Acre con tres mil osmanlis, habia resistido un año á todas las fuerzas de Egipto por tierra y por mar; la fortuna de Ibrahim, como la de Napoleon, habia titubeado delante de aquel escollo; si el Gran Señor, solicitado en vano por Abdalla, le hubiera enviado algunas tropas á tiempo, ó hubiera solamente lanzado á los mares de Siria dos ó tres de aquellas hermosas fragatas que duermen inútiles al ancla delante de las caiques del Bósforo, Ibrahim estaba perdido, y hubiera tenido que volverse á Egipto con la conviccion de la impotencia de su cólera; pero la Puerta fué fiel á su sistema de fatalidad y dejó efectuarse la ruina de su bajá. Cayó el baluarte de la Siria, y cuando se despertó el divan, ya era tarde. Sin embargo, Mehemet—Alí escribia á su general que volviese; pero este, hombre de valor y de aventuras, quiso probar hasta el fin la debilidad del sultan y su propio destino, y avanzó. Dos brillantes y mal disputadas victorias, la de Homs en Siria y la de Kouia en el Asia Menor, le hicieron dueño absoluto de la Arabia, de la Siria y de todos aquellos reinos de Ponto, de Bitinia y de la Capadocia, que son hoy la Caramania. Todavia podia la Puerta eortarle la retirada, y, desembarcando tropas á sus